

cona; pero ello es que hace lo menos seis dias que un *aguacil* nos contó á varias compañeras, que el franchute se habia dejado decir que no le ahorcarian en la Plaza..... No se ria vd, de ese modo; cuando el *aguacil* lo dice, sabido se lo tiene.

—Esa es una autoridad de escalera abajo, tia Chiripa. No atribuya vd. al demonio mas poder que el que le dá la gente mala, dice con gravedad el estudiante. ¿Qué recursos, ni qué conexiones, ni qué nada tiene ese que vd. llama franchute, para originar la calamidad terrible que espanta á Madrid desde la noche de San Roque, y reduce á la miseria á tantos centenares de familias? ¿Ni qué fin se podian proponer sus amigos, aunque los tuviera, con que se realizara su pronóstico de que no le ahorcarian en la Plaza? ¿Pues qué solo alli puede hacer su oficio el verdugo, cuando la justicia sentencia á morir á un reo? Sobre las cosas de fé, todo el que blasona de hijo de Jesucristo debe de creer á puño cerrado; pero en todas las demas hasta es un deber reflexionar mucho, porque nuestra santa madre Iglesia católica, apostólica, romana, condena las supersticiones. Yo aseguro á la tia Chiripa que el fuego ha empezado del modo mas casual del mundo.

—Y el señor estudiante está en lo cierto, como que yo conozco al que de puro bestia ha armado esa tremolina, pronuncia introduciéndose en la conversacion un mancebo, á quien empezaba á apuntar el bozo.—¿Y vaya si le conozco y le conocen todos mis camaradas los horteras de la calle de las Postas! Por su torpeza es el hazme reír hasta de los chiquillos; y ya no se desasna, porque este año le llevamos á esperar á los reyes con una escalera enorme al hombro, y al remate un seron de paja y cebada para los caballos; y no hay quien le apee de que si no los vió entrar repartiendo oro y plata entre los que salen á esperarlos, fué porque erramos el camino; y está deseando que llegue otra víspera de Reyes para cargar con la escalera y el seron y un hacha de viento é ir solo á recibir á Gaspar, Melchor y Baltasar, muy seguro de que le van á hacer rico, y de que muy pronto se podrá volver á Asturias.

—¿Qué bruto! exclamó la tia Chiripa. ¿Y dice el señor hortera que por culpa de ese animal se ha prendido fuego á la Plaza?

—Cabalmente, sigue el hortera. Se lo he oido contar á su amo, el mercader de paños de la primera tienda que habia á la izquierda del arco de la calle de Toledo, segun se sube. Es el caso que este buen mercader se puso á cenar antes de ayer, lunes 16 de agosto, á las nueve de la noche, como de costumbre, y le mandó que bajara á la cueva, donde tenian puesto á enfriar el agua dentro de un cubo del pozo. Allá bajó el muchacho con una vela de sebo y sin la precaucion de coger la palmatoria; necesitando colocar la vela encendida en alguna parte, para sacar el cubo del pozo, le ocurrió ponerla en el agujero central de un rollo de esteras; por listo que anduvo, la vela se fué colando hácia dentro, y ya ardía el esparto, cuando el hortera sacó el botijo. No fué poco milagro que se le alcanzara echar mano al cubo y vaciarlo sobre el prendido rollo, todo acelerado y confuso, porque la criada le llamaba á voces, dándole prisa con la impaciencia de los amos. Nada dijo del contratiempo, y ademas alegróse interiormente de haber librado las costillas de la vara de medir del mercader, á quien servia desde hace ocho meses. Todos se recogie-

SEGUNDA SERIE.—1859.

ron tranquilos á la cama, cuando á poco mas de las once de la noche se despertaron despayoridos, y se echaron á la calle en paños menores, porque la casa estaba llena de humo, y las llamas se cebaban en una de las puertas y estaban á punto de invadir la otra. Segun parece, mal apagado el rollo de esteras propagó el fuego á otros enseres, subió la llama hasta crecer y salir por la rejilla de la cueva, y cundir á la puerta y á la cortina de uno de los balcones y á su maderaje. Como era tanto el de las casas contiguas, con velocidad increíble desde el arco de la calle de Toledo á la calle Nueva, junto á la puerta de Guadalajara, todas empezaron á arder y á formar un volcan espantoso, á cuya luz vinieron de Fuencarral las hueveras aquella madrugada.

—Eso se lo he oido yo contar á la Serapia, mi conocida de hace muchos años, interrumpe la Chiripa.

—No se ha visto fuego mas espantoso. Con agua solamente no se hubiera apagado nunca, dice el estudiante. Gracias á la presencia de ánimo y á la habilidad reconocida del teniente general de ingenieros don Francisco Sabatini, y del arquitecto mayor de Madrid don Juan Villanueva, y al solícito celo del señor gobernador del Consejo de Castilla, don Pedro Rodríguez Campomanes, en cuya casa hay junta permanente, donde asisten el corregidor y los concejales y el síndico del ayuntamiento; y al auxilio de las tropas, que acudieron al toque de generala, que he oido por la primera vez de mi vida, se han practicado los cortes oportunos, y ya está reconcentrado el fuego al espacio que invadió de repente, y se va disminuyendo poco á poco, aunque para dias queda sin duda. Largos serian de referir los casos particulares de valor temerario de los que concurren á apagar el incendio; solo diré que si en la calle Nueva no pasó de una acera á otra, se debe al arrojo con que se lanzó un teniente de guardias españolas, llamado Armada, á quitar unos maderos de los que se desplomaban de los edificios, con cuyo ejemplo se animó la tropa y evitó el inminente daño; no menos de tres pares de calzones se le quemaron al tal Armada, y su vida ha estado muy en peligro.

—¿Con qué estrépito se vino abajo la media naranja de la parroquia de San Miguel ayer por la mañana! exclama un fraile trinitario de edad provecta.—Gracias á Dios, Madrid es una poblacion muy cristiana, y la caridad obra milagros.

—Brillante ejemplo de esa virtud, ha dado el convento á que vuestra paternidad pertenece, expone el estudiante, pues no trae ercida la barba, y ostenta la cruz roja y azul en el manto.

—No hemos hecho mas, contesta el religioso, que imitar débilmente el ejemplo de SS. MM. y augusta familia, que se han apresurado á franquear un millon y cuatrocientos mil reales; y de las comunidades de Santo Tomás, San Felipe el Real, la Merced calzada y otras, que amorosamente ejercitan las obras de misericordia con los infelices, que de resultas del incendio se han quedado sin techo que les abrigue, ni vestido que les cubra, ni pan que les sustente; y de numerosas familias que se estrechan en sus casas, para acoger á los que hace poco mas de cuarenta y ocho horas lo pasaban con decencia, y aun quizá con holgura, merced al honroso trabajo; y del ayuntamiento, con cuyos fondos se atiende á los numerosos jornaleros que se relevan de dia y de noche para que del fuego no quede ni ras-

AÑO XVII. 2.



tro; y de los grandes de España y los curas párrocos y títulos de Castilla, que se ofrecen á cuestar para aliviar tantas necesidades.

—¡Ya viene! ¡ya viene! prorumpen varias voces, y hácia la parte alta de la calle de Toledo se dirigen todas las miradas, y ven hormigüear millares de cabezas, y aparecer casi ya por enfrente de San Isidro soldados de caballería muy despacio, y adelantarse poco á poco apartando la gente. Grande, aunque pausado movimiento se nota en cuanto alcanza la vista; instantáneamente se cuajan balcones y ventanas de espectadores: se oye un prolongado murmullo: muchos avanzan en tropel hácia la plazuela de la Cebada; cuantos quieren permanecer á pie quieto, se empujan para extender la vista á larga distancia, forcejean por no perder terreno, y tienen en continuo ejercicio los codos.

—Nos decía el señor estudiante, clama la Chiripa, que es patraña lo del pronóstico del franchute de que no le ahorcarían en la Plaza, y que de todos modos había de montar el verdugo sobre sus hombros; pero á mí no hay quien me quite de la mollera que con alguien se ha entendido para que arda la Plaza Mayor y no pongan allí la horca, sino mas lejos, por la vanidad de que le vean mas presonas.

—Buena tía Chiripa, pregunta el estudiante. ¿Y sabía ese mal francés dónde se iba á poner el suplicio? ¿Y si lo hubieran plantado en la plazuela de Santa Cruz por auto de la Sala de Alcaldes ó del gobernador del Consejo?

—Pues ello, replica la Chiripa, lo de querer matar al ministro en Aranjuez no lo hizo á humo de pajas.

—Lo hizo, tía Chiripa de mis pecados, dice el estudiante, porque es un monstro en figura de hombre, sin Dios ni ley, desesperado contra todo el mundo y contra sí propio. Así resulta de la causa; yo asistí á la vista el sábado pasado en la Sala de Alcaldes, y para coger puesto madrugué mucho, y me convencí de que Juan Pablo Peret obró por sí y ante sí en el horrible atentado, sin que mediara pariente ni habiente, ni le excitara ni impeliera nadie al crimen mas que su frenesí de hombre descreído y su mala conciencia. A la reina doña María Luisa entregó un memorial el día antes de su delito, llamando la atención que la tirara con descompostura del vestido para que le oyese, y que pronunciara algunas palabras de que no se hizo aprecio, á causa de que se le tuvo por loco; y la misma noche se empeñó en que había de ver al mariscal de campo don Gerónimo Caballero en su secretaría del despacho de la Guerra, y costó lo indecible obligarle á que se resignara á la repulsa.

—Ahora, manifiesta el religioso trinitario, lo sensible es la obstinacion del reo, por cuya vida temporal solo se ha afanado una persona, el señor conde de Floridablanca, pero sin fruto, pues el señor don Carlos IV le ha dicho rotundamente.—«No te canses, Moñino, es la única gracia que me puedes pedir y que no te otorgue, porque la vindicta pública no quedaria satisfecha, por edificante que sea tu instancia, si yo indultara á semejante criminal de la pena de muerte.»—Pero por que le alcance la vida espiritual nos interesamos todos, y sus oídos están cerrados á las exhortaciones, y su corazon al arrepentimiento. Muchos frailes hemos ido á la capilla, con el santo fin de lograr que se le abran las puertas de la mansion de los bienaventurados; muchos eclesiásticos seculares han rivalizado con nosotros,

y si no esloy engañado, hasta el mismo venerable arzobispo de Toledo, el señor Lorenzana, le ha pedido de rodillas y con lágrimas en los ojos, que alce á Dios los suyos, y las entrañas empedernidas de ese hombre han esterilizado nuestros esfuerzos; de todos ha hecho burla, y se ha negado pertinazmente á cumplir las obligaciones cristianas.

—¡Ya llega, ya llega! se escucha en torno.

Y así era de cierto, y se podía conocer hasta sin levantar los ojos, por el recrecimiento de las apreturas y el melancólico sonido de las campanillas de la Paz y Caridad, y el acompasado toque del tambor del piquete.

—¡Con qué descaro mira á un lado y á otro! grita el estudiante.

—Y eso, dice el hortera, que va metido en un seron como arrastrado, que si fuera en burro.....

—¡Qué bárbara entereza! exclama el religioso.

—Tentaciones me están dando, grita la Chiripa, de meterme por medio, y sacar á ese infame los ojos con estas uñas que se han de comer los gusanos.

—¡Silencio! clama el fraile.

A la sazón pasaba el lúgubre cortejo por delante del punto donde se hallaban nuestros interlocutores. Junto al reo Juan Pablo Peret iban dos religiosos capuchinos del convento de San Antonio del Prado, y dos de mínimos de San Francisco de Paula. Le exhortaba en aquel momento uno de los capuchinos, de pálido rostro, calva frente y barba entrecana, ojos penetrantes y voz robusta; y se le oía decir muy claro:—«¡Hijo, todavía no es tarde! toda una vida de crímenes se borra con una lágrima de contrición ante el que por redimirnos vertió su sangre en el Calvario; allí Nuestro Señor Jesucristo, próximo á exhalar su grande aliento, abrió las puertas del Paraíso al buen ladrón, solo por haberle suplicado que le tuviera en la memoria, cuando se hallara en el reino de su Padre!»—Alejándose lentamente, no se le pudo entender mas palabra.

—¡Hasta á las peñas ablandaría ese pico de oro! pronuncia la Chiripa, limpiándose con el delantal las lágrimas que la corrían por la cara.

—¡Dios mio, tocadle en el corazon antes de que expire, como os supliqué esta mañana al celebrar el santo sacrificio de la Misa! exclama el trinitario.

—¡Qué mar de cabezas! dice el estudiante. ¡Y cómo se agita! Vean vds., vean, señores; no se juntan mas presurosamente las olas detrás de la popa de un navío, cuando las surca á toda vela, que la muchedumbre que llena la plazuela de la Cebada, así que pasan los últimos soldados que van custodiando al reo.

—¡Caramba, yo no me voy hasta que esto acabe! se oye decir al hortera de la calle de las Postas, vacilante entre la curiosidad que allí le retenia, y la obligacion que le empujaba hácia la tienda de su amo.—Desde las diez estoy fuera de casa: me enviaron á la calle del Meson de Parcdes con unas cotillas y unas cofias para dos parroquianas de rumbo: me vine acá solo á ver pasar el reo, y no me sé ir antes de que se ejecute la justicia.

—Mal hace el mancebo en no correr adonde su deber le llama, expresa con tono de reprension benévola el trinitario.

—Mire vd., padre, repone el hortera; poco puede tardar el fin de todo; ahora está llegando el reo al pie de la horca.

—¡Dios mio, borra su iniquidad segun la multitud de



tus piedadés! clama el religioso, y dirigiéndose á sus interlocutores, les dice en ademán suplicante:—Hermanos míos, recemos un Padre nuestro y una Avemaría, porque el delincuente se arrepienta de sus culpas, y porque Dios acoja su alma.

Todos cruzaron las manos y oraron en silencio: solamente la tía Chiripa lo interrumpió devota, rezando en voz alta y sollozando compungida.

Después del rezo y de una breve pausa, vuelve á hablar el trinitario y dice:

—Aun no suben al reo: buena señal, hermanos, sin duda se está reconciliando al pie del patíbulo con fervientes deseos de subir por su terrible escalera á la gloria. Para la infinita misericordia del Señor nunca es tarde; y sus ángeles celebran con mas gozo el arrepentimiento de un pecador que la salvación de cien justos.

—¡Ya le suben, padre, ya le suben! se oye al hortera; y millares de bocas forman un rumor sordo al repetir la misma frase; y millares de ojos se fijan sin pestañear en el cadalso.

—¡Jesús que herejote! clama horrorizada la tía Chiripa. ¡Pues no aparta la vista del Santo Crucifijo que le presenta el fraile que va subiendo á su lado!

—¡Padre mio! expresa el estudiante: ese hombre sigue contumaz en su descreimiento.

—¡Ah, los altos juicios de Dios son incomprensibles! repone el trinitario.

—Al último escalon de la horea han llegado, pronuncia el hortera, y sigue describiendo lo que se observa desde todas partes en esta forma:—Le echan la soga al cuello. Se conoce que le habla fervorosamente el capuchino... También parece que el verdugo le quiere manifestar algo.... Nada, el reo tan sereno como si tal cosa... Ahora hace un gesto de impaciencia.... ¡Adios, ya va por los aires el verdugo sobre sus hombros!

—¿Quién tal hizo que tal pague.—Nunca te alegres del daño de otro.—Le está bien empleado.—¡Mónstruo!—Caridad, caridad hasta con los enemigos.—Estas y otras muchas frases resuenan en torno.—Muchas madres, cogiéndolo á sus hijos pequeños en brazos, y haciéndoles que miren á la horea, les dan de bofetadas y les dicen á voces: ¡Toma, para que te acuerdes!—¡Antes te vea yo muerto que en ese trance!—¡Que te miren á la cara, pero no á las manos!—Si no has de ser bueno que te lleve Dios ahora mismo.—No matarás, dice Dios en el quinto mandamiento.

A estas exclamaciones hechas á un tiempo mismo sucedieron otras instantáneas de igual suerte, y cuya reproducción literal basta á describir el espectáculo que á la sazón ofrecía la plazuela de la Cebada.

—Ya decía yo que habría tumulto.—No correr, no correr, señores.—¡Tunahte! aquí te vienes á robar pañuelos.—¡Que me ahogo!—Pues me he quedado sin zapatos.—Yo no vuelvo mas á estas cosas.

Afortunadamente, como de costumbre, las gentes se habían dado á correr sin motivo; terminada la ejecución del reo, y al romper las tropas el cuadro para marchar á sus cuarteles, hubieron de retroceder poco á poco los mas delanteros para abrir paso; entre los que estaban algo detrás se notó susto; los que cerca de estos se hallaban al ceder al movimiento imaginaron peligros y emprendieron la fuga, y en un abrir y cerrar de ojos cundió la confusión

á todo el ámbito de la plazuela y calles contiguas. Nuestros interlocutores, guarecidos en el hueco de una puerta vieiron correr á las gentes despayoridas, sin mas contratiempo que el de algunos apretones; y á los pocos minutos hallaron restablecida la calma, en términos de poder oír al paso á algunos que habían estado muy cerca del lugar del suplicio. Conformes estaban los dichos de todos en asegurar que al hacer el reo Juan Pablo Peret el gesto de impaciencia señalado por el hortera de la calle de las Postas, había manifestado su disgusto por creer que el ejecutor de la justicia le iba á decir alguna cosa en caridad cristiana, disgusto que significó al verdugo con el grito claro y sonoro de ¡Arre!

Despidiéndose unos de otros los individuos que con su diálogo nos han descrito esta verídica escena, dijo el hortera:—Antes de un credo estoy en casa de mi amo. Y la tía Chiripa. —A la par de Dios, señores. ¡Qué cosas ve una! Y el religioso. —¡Insensato, después de perder la gracia recibida en el bautismo, no se quiere asir á la tabla de salvación de la penitencia! Y el estudiante. —¿Cómo le han de enterrar en sagrado? Y un alguacil que le oyó al pasar por delante, le dijo:—No, señor estudiante, después de cortar al cadáver la mano derecha para colgarla de una escarpia en el camino real de Aranjuez á Ocaña, se le esconderá esta noche bajo las arenas del arroyo de Abroñigal, en un rincón distante de los pasos trillados.

Tal es la puntual historia del atentado contra el señor conde de Floridablanca. ¡Puñaladas mas hondas había de recibir poco mas tarde con su destitución repentina, y su destierro á Murcia, y su prision en la ciudadela de Pamplona! ¡Puñaladas de aquellas que solo el bálsamo de la religión cura!

ANTONIO FERRER DEL RIO.

## EL CASTILLO DE VIANDEN.

Sobre la ribera izquierda del Our, pequeño río que desagua en el Sour y forma una parte de la frontera del gran ducado de Luxemburgo y de la Prusia, se elevan altaneras, en la cima de una áspera montaña, las magníficas ruinas del antiguo castillo de Vianden, al que no escedía ni en extensión ni en belleza ninguno de los castillos feudales de toda la Europa, y era á juzgar por las descripciones, superior á la residencia de los papas en Avignon.

Construido probablemente sobre las ruinas de alguna fortaleza romana, el castillo de Vianden perteneció desde los primeros siglos de la edad media á una familia poderosa cuya jurisdicción se extendía en el siglo XIII, sobre cincuenta y dos villas y aldeas, y á la cual mas de treinta casas nobles rendían fé y homenaje. La casa de Vianden se encontraba en esta época unida á las primeras familias reinantes de Europa. Margarita de Courtenay, esposa del conde Enrique I de Vianden, y nieta del rey de Francia Luis el Craso, ve á su padre y á sus hermanos ocupar el trono de Constantinopla; su hijo Enrique fué obispo de Utrecht, donde erigió la magnífica catedral, y habiéndose estinguido la rama masculina en Enrique III, que murió en el celibato, en 1351 el condado de Vianden pasó á la casa de Nassau por el matrimonio de Adelaida, hija segunda de Enri-



que, con el conde Othon de Nassau. Felipe II de España le confiscó en 1566, estando en el poder Guillermo el Taciturno, y se lo regaló al conde de Mansfeld, gobernador del Luxemburgo; mas tarde la familia de Nassau recuperó la posesion de estos bienes y los conservó hasta 1794, que fueron secuestrados en favor de la república de Batavia. En 1810 el emperador Napoleon erigió el castillo de Vianden en mayorazgo, y se le dió al baron Marbeuf. La muerte de este último durante la guerra de Rusia y los acontecimientos

de 1814, hicieron partir este dominio entre la Prusia y el gran ducado de Luxemburgo. Seis años despues el magnífico castillo de Vianden fué vendido para su demolicion en 4,000 francos! En seguida los compradores empezaron á demoler para aprovechar el producto de los techos, la viguería, las planchas, las pizarras, los hierros, el plomo, y por último, la zapa y la piqueta atacaron los muros, y bien pronto no hubiera quedado piedra sobre piedra, si el rey Guillermo no hubiera acudido á poner término á este ver-



Castillo de Vianden.

gonzoso vandalismo, rescatando las ruinas de la cuna de sus antepasados por la suma de 110 florines!

En su estado actual estas soberbias ruinas aparecen como un fantasma colosal que se eleva en medio de una ruda naturaleza, y echando una mirada desde el alto de la montaña que las domina, se creará ver una aldea; tan vasta es la cerca y tan grande la estension de las paredes y murallas que se divisan debajo.

Se llega al castillo por una rampa bastante pendiente,

encontrando antes de la primera pared de la cerca un foso que se pasa por medio de un puente levadizo. Tres cercas sucesivas se hallaban cerradas por paredes perpendiculares á las murallas, dando por un costado al rio y apoyándose el otro contra una roca.

No queda ya mas que el antiguo castillo; las obras modernas han sido completamente demolidas. Su construccion pertenece casi toda al siglo XII y XIII, y se compone de tres divisiones: la sala de caballeros, el vestíbulo con



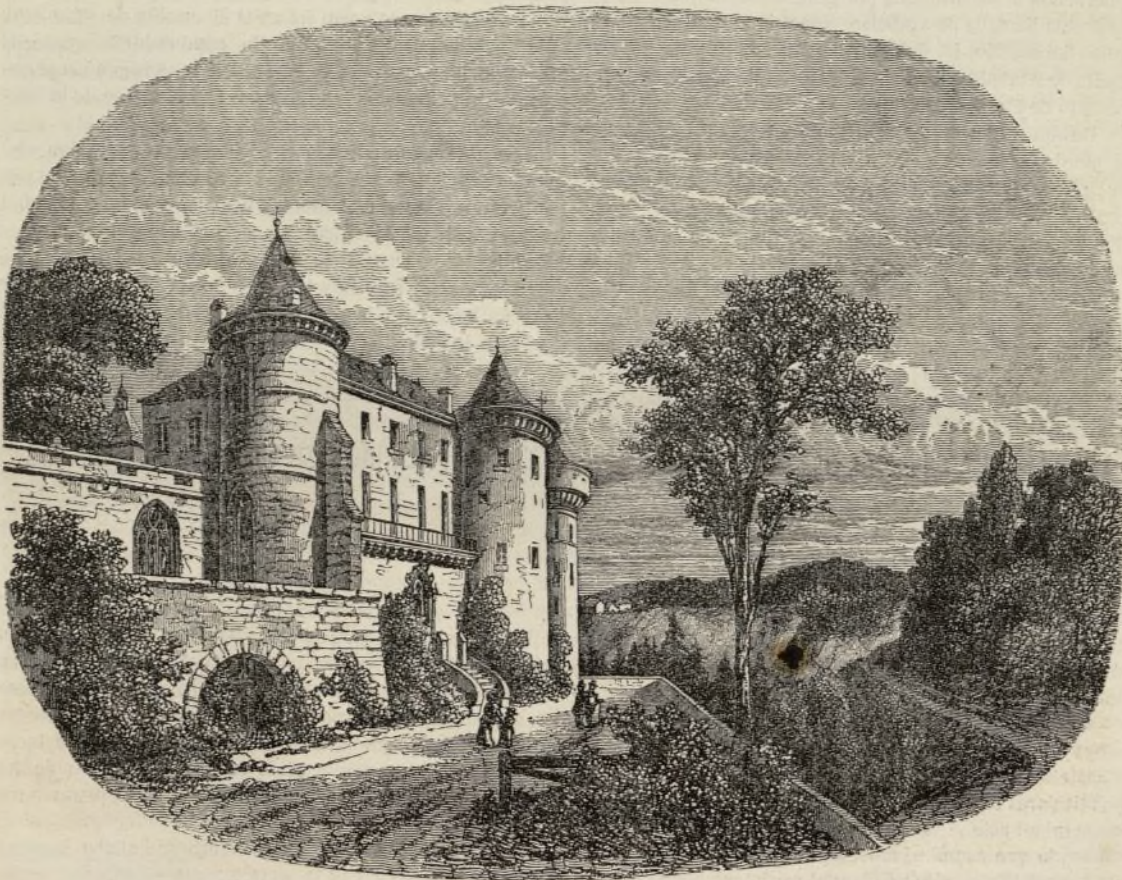
sus dependencias y la capilla. Debajo de la primera hay una cueva cuya bóveda está sostenida por cinco pilares de piedra labrada. La capilla, del estilo de transición el más puro y elegante, es de una forma particular y del más lindo efecto, presenta un decágono en el cual uno de los costados se abre sobre el castillo y el otro sobre la capilla, hecho en forma de pentágono. El interior está dividido en tres naves, de las cuales la del centro, que tiene la figura de un exágono, está separada de sus naves laterales por pilastras cuadradas, á las que estaban unidas medias columnas cilíndricas. Es un hecho curioso el que esta nave no se halla embalsada, y el centro está completamente abierto, presentando una larga abertura que comunica á los subterráneos que servían de prisiones. Según la tradición, esto se hizo

con objeto de que los presos pudiesen asistir al oficio divino sin salir de su encierro.

La aldea de Vianden, que se halla situada al pie del castillo, solo tiene la apariencia de una pobre villa; no encierra ningún edificio notable, y su población apenas pasa de mil setecientas almas.

### EL CASTILLO DE CHASTELUX.

A la entrada de Morban, distante ocho kilómetros de la ciudad de Aballon, á las márgenes de un camino monta-



Castillo de Chastelux.

ñoso á que dan sombra grandes bosques, se alza el castillo de Chastelux. El río de Cura, por medio de un lecho de granito llega al pie de la roca sobre la que se levantan altivamente sus torreones y almenas. Los señores de Chastelux se habían hecho célebres por sus hazañas en la guerra. Un escritor que merece confianza, Mr. de Chaillon de Barras, ha contado en detalle su historia, que ha escrito teniendo á su disposición los archivos de la casa.

Desde la mitad del siglo XII, se ve aparecer en estos anales privados á Artaud de Chastelux, que acompañó á

Luis el Joven á la Tierra Santa. Su numerosa línea asistió á la solemne lectura de su testamento. Tenía cinco hijos y un gran número de nietos, cuyos descendientes han podido prolongar hasta esta época la existencia de su familia.

Ober Strabo, señor de Chastelux, vivía en 1225. Artaud III siguió á San Luis á la cruzada en 1248, y tomó una parte gloriosa en la batalla de Masura.

En 1328 Juan hizo de igual á igual un tratado con Eudo IV, duque de Borgoña, por el que le cedió algunos feudos. Entonces adquirió del duque el vizcondado de Aba-



llon, cuyo título ha llevado hasta los últimos tiempos el primogénito de la casa de Chastelux.

En el siglo XIV se hallaba completo el castillo de Chastelux, y pasaba por una de las mejores fortalezas de las fronteras de Borgoña. El torreón llamado de San Juan es de un carácter sombrío y severo; es la parte mas antigua del edificio. Las otras partes del castillo han sido sucesivamente modificadas, no siendo fácil fijar con exactitud la época. Sin embargo, puede tenerse como por cierto que la torre de la capilla y todo el cuerpo del edificio que se extiende hasta la torre de Amboise, han sido construidas en tiempo del mariscal Chastelux, que vivía en el siglo XIV. Sobre el portal de entrada que da paso al patio de honor, se lee el milésimo de 1551. Hállase rodeado el patio de una galería con arcos sostenida por graciosas columnas. La torre gruesa llamada de Amboise, colocada en uno de los ángulos del castillo, ha debido ser edificada en vida de Margarita de Amboise, muger de Oliveros de Chastelux, en el reinado de Enrique IV.

Durante el fin del siglo XIII y la primera mitad del XIV, se pierde la huella de los señores de Chastelux. Únicamente se sabe que Guillermo, representante de la familia, era consejero y gentil-hombre de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña. Desde este tiempo los Chastelux añadieron á sus títulos el de señores de Beuvair.

La mas gloriosa época de esta casa fué la de los reinados de Carlos VI y de Carlos VII. Claudio de Chastelux, sucesivamente gentil-hombre del duque Juan Sin Miedo, y mariscal de Francia, se encuentra mezclado en todas las guerras de su época. Sirvió activamente á su amo en sus marchas sobre París y sobre la Normandía en 1440 y 1417. Se apoderó de Louviers, que se hallaba en posesion de los ingleses. El favor del rey le hizo ocupar muchos y muy importantes puestos, entre otros el de comisario general de hacienda en Languedoc. Creado mariscal de Francia en 1419, fué encargado en seguida de la capitania general del ducado de Normandía. Adicto de corazon y gerárquicamente al duque de Borgoña, mandó despues de la muerte de Carlos las fuerzas que rechazaron el ejército francés delante de Cravan, y que decidieron con esta batalla la suerte de Carlos VII, durante diez años.

La reconquista de la plaza fuerte de Cravan, y su entrega al cabildo de Auxerre, valieron á los señores de Chastelux la dotacion de un canonicato en la catedral, cuyos titulares tomaban posesion en los oficios solemnes en traje mitad eclesiástico, mitad militar, con un halcon en la mano, lo que asombró mucho y maravilló á los cortesanos de Luis XIV, cuando pasó aquel rey por Auxerre en 1683.

El sepulcro de Claudio de Chastelux se hallaba todavía conservado en el último siglo en una capilla del coro de la catedral de Auxerre, con el de su hermano Jorge, almirante de Francia.

Durante el siglo XVI, la familia Chastelux fué elevada á las mas altas dignidades de la nobleza francesa. Felipe I y su hijo fueron pages de Carlos VIII y de Francisco I. En 1621 Hércules de Chastelux obtuvo que su baronía se elevase á condado. Su padre, que murió en 1580, está representado en el capitulo de la iglesia parroquial de Chastelux de rodillas, con la espada al lado y las manos juntas, y con una coraza. Su estatua tiene bastante expresion y carácter.

Uno de los personajes mas eminentes de esta familia en que fué hereditario el espíritu militar, fué Guillermo Antonio, aliado de la ilustre casa del canceller de Aguesseau. Durante cuarenta años, de 1703 á 1742, tomó parte en todas las guerras de la Francia, y fué teniente general y gobernador del Rosellon.

Las letras como las armas debian contribuir á la gloria ilustre de la casa de Chastelux. El caballero de Chastelux, que compuso el libro *De la felicidad pública* en 1772, se colocó por esta obra, muy estimada de Voltaire, al nivel de los mas grandes filósofos y pensadores de su época.

El último conde de Chastelux, antes de 1790, fué elegido por la provincia de Borgoña para los Estados generales de Francia, y mereció de los Estados el que le votasen una accion de gracias.

Durante la revolucion francesa el castillo de Chastelux fué vendido por 8,500 libras. Su comprador lo conservó bastante bien, y lo cedió en 1810 á su antiguo propietario Mr. de Chastelux, par de Francia en tiempo de la Restauracion.

Necesitaba este antiguo edificio alguna reparacion. Su nuevo propietario Mr. de Chastelux le ha devuelto todo su antiguo carácter. Las torres, las murallas han vuelto á ver levantar sus derruidas almenas. La sala de guardias, restablecida en su antiguo destino histórico, lleva en su friso los blasones de esta noble é ilustre casa, y los retratos de sus antiguos castellanos han sido colocados otra vez en la sala de honor.

## EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Continuacion).

### VII.

A los gritos del padre Benito acudieron los pages, escuderos y soldados con hachas. El ver echa pedazos la ventana, y aquellos gritos de agonía, hizo suponer que el castellano acababa de ser muerto, ó á lo menos gravemente herido. Llenóse en un instante el salon de gente y de luces. Encontraron al monge tendido en tierra: el conde de Palazuelos se hallaba de pie é inmóvil, muy suspenso en la apariencia, empero sano y salvo.

Aquel anciano y robusto guerrero se hallaba muy habituado á ver de cerca la muerte; sus nervios se habían endurecido contra las emociones de la sorpresa lo bastante para que el paso de una ballesta á corta distancia de él pudiese sobrecogerle ni aterrarle: pero era supersticioso, y la coincidencia de aquel suceso con el sacrilego voto que le habia arrancado la desesperacion, le habia dejado asombrado y estupefacto.

Entre los que acudian de todas las partes del castillo se hallaba un jóven caballero de alta estatura, de noble y varonil continente. Era Rodrigo, el hijo único del conde de Palazuelos. Iba cubierto con el yelmo y su cota de malla; sus espuelas de oro resonaban sobre las losas del pavimento en su precipitada carrera. Mientras estaba haciendo la ronda para asegurarse de la vigilancia de los centinelas, ha-



bia oído decir que había ocurrido un accidente en el cuarto de su padre, y había corrido apresuradamente á él.

Al pronto no vió al conde en medio de las gentes que lo rodeaban, y con voz alterada preguntó:

—¿Dónde está el conde? ¿Está herido mi padre?

El metal de su voz pareció hacer volver en sí al señor de Palazuelos, que se adelantó hácia Rodrigo sonriéndose.

—No, gracias á la Virgen Santísima, hijo mío, contestó con tono afectuoso... empero este pobre padre Benito....

—Yo... creo que no me ha tocado la ballesta, tartamudeó el capellan, que se había levantado y se palpaba todos sus miembros con aire inquieto; pero temía por la vida de nuestro querido y amado señor.

A pesar de lo que decía el buen religioso, sus temores por él mismo no eran ajenos á sus gritos de alarma y agonia. Hicieron como que le creían, pero algunas sonrisas escépticas se dejaron ver en la boca de algunos burlones.

—Querido padre, dijo Rodrigo estrechando entre sus labios la mano del conde; gracias á la Virgen que os ha salvado, y si conseguimos hacer levantar este maldito sitio llevaré á la iglesia de la Santa Espina una lámpara de plata del tamaño de la ballesta de que os habeis libertado... ¿Pero cómo han podido dirigir la ballesta precisamente contra esa ventana?

—Nada es mas hábil que el odio, hijo mío, para lanzar una flecha ó una ballesta. Asi debe ser peligroso el permanecer en esta pieza, porque los enemigos deben haber visto el resplandor de las luces por los resquicios de las ventanas, y se habrán propuesto jugar á los bolos con los moldes de nuestras gorras.

Inmediatamente varios pages se dirigieron á correr gruesas cortinas de cuero delante de las ventanas para ocultar así á los enemigos el objeto de su puntería.

Cuando estaban en esto se oyó gritar en una galería inmediata:

—¡La señora, la señora!

Y aquella multitud vestida de diversos colores, como se usaba en aquella época, en que se llevaba una pierna de un color y otra de otro, y lo mismo el cuerpo, se apresuró á abrir paso á doña Sol, la esposa de don Rodrigo, que acudía corriendo con dos mugeres que la acompañaban con luces en la mano, y que apenas podían seguirla.

Aquella jóven, que podía ser considerada como la causa primera de las desgracias de que se hallaba amenazada la familia de Palazuelos, bien merecía por su belleza y excelentes dotes que se desafiase por ella los mas terribles peligros. Era una bella aragonesa, cuyas varoniles facciones, frente blanca y pura, ojos vivos y penetrantes, revelaban toda la fuerza de su alma.

En el momento en que la alarma había cundido en el castillo, se preparaba sin duda á entregarse al descanso. Con los cabellos sueltos en desorden, á medio vestir, había rodeado á sus hombros un manto que una de sus doncellas había arrojado rápidamente sobre ellos, y sus delicados pies iban desnudos dentro de sus zapatillas de terciopelo.

Estaba tan hermosa así, que un murmullo de admiración, apenas templado por el respeto, acogió su llegada.

Indiferente á aquellos homenajes se detuvo jadeando, casi sin aliento, sobre el dintel de la sala. A la vista del conde y de Rodrigo, un vivo carmin coloreó su semblante.

—¡Intactos los dos! exclamó con toda la expansión del

alma... ¡Gracias, Virgen santa! Querido padre, y tú, mi Rodrigo, ¡cuánto me alegro encontraros!

Besó la mano del conde, y despues fué á echar al cuello de su marido sus hermosos brazos desnudos, que se lastimaban con el corselete de hierro del caballero.

Rodrigo la devolvió apasionadamente sus caricias.

—Nadie ha perecido, hija mia, replicó el conde con afectada alegría; nadie ha perecido, os lo aseguro. No ha habido, añadió despues con tono un poco regañon, motivos para esta alarma; y es extraño que tú, tan atrevida y valiente hasta hoy, te hayas vuelto cobarde como una villana. ¡Hacer tanto ruido por una ballesta! Yo hubiera creído mas valor en tí.

Doña Sol, despues que hubieron salido los pages y escuderos, y solo habian quedado las dos criadas que estaban cerca de la puerta, y el padre Benito que trataba de reponerse de su emoción tomando un vaso de hipocrás:

—¡Ah, mi buen padre! dijo dando libre curso á sus lágrimas, ¿cómo podré yo conservar mi valor cuando os veo á vos y á mi querido Rodrigo en tan gran peligro y por causa mia? Noche y dia, cada momento tiemblo por él y por vos. Perdonadme, señor.... No dejes de amarme, Rodrigo mío... ¡Ah! Si yo pudiese sola sufrir todos los males. No veo ninguna esperanza, ni ningun medio de salir del embaraço en que nos hallamos.

Rodrigo la miraba con ternura.

—No es á mí á quien hay que compadecer, hermosa doña Sol, replicó, tengo tanta felicidad y tanta alegría á tu lado, querida mia, que no podré pagarlo bastante. Cuando pienso que tú tan dulce, tan encantadora...

No concluyó, y se volvió bruscamente.

El conde dió una patada.

—¡Pardiez, hijo! dijo con una dureza exagerada tal vez apropiado, ¿qué significan todas estas lamentaciones? Y vos, señora, ¿no sois la hija, la hermana y la muger de un caballero? Por mal que nos vaya, ¿qué arriesgamos Rodrigo y yo? Morir armados y combatiendo con valor. ¡Buen negocio por cierto! Hace cuarenta años que todos los dias me estoy esponiendo á semejantes peligros, y Dios me ha preservado. Sois jóven, Sol; aun no estais habituada á estas ideas, como mi difunta esposa María, la madre de Rodrigo. Cuando yo marchaba con mi hueste á hacer una correría en tierras enemigas, ó á escalar alguna fortaleza, se quedaba tan tranquila cual si se tratase de ir á coger un nido de golondrinas, ó de ir á oír la misa en la iglesia de la Santa Espina. Y cuando volvía despues de haber dado y recibido tajos y mandobles, me decía únicamente: buenos dias, mi señor, ¿me traeis algun botín? Hé ahí cómo debe ser la muger de un caballero... Pero ¡por la espada de Santiago! dejemos estas fruslerías. Los castellanos y ese maldito don Alvaro de Luna que los manda aun no nos han cogido; el castillo es fuerte; tiene una buena guarnición; resistiremos hasta que nos socorra el infante don Enrique, vuestro noble tío, que debe saber á estas horas el aprieto en que nos hallamos...

Doña Sol miró alternativamente á Rodrigo y al conde como para asegurarse si debía creerse en aquellas palabras de esperanza; pero Rodrigo tenia los ojos bajos, y no vió en los del conde sino una espresion de indulgencia y de bondad por su debilidad.

—¿De verás, dijo con aire de duda, no me engañais? ¡Oh!



Si me fuese dado creer que de un momento á otro iba á aparecer mi tío con su valiente hueste para libertarnos y arrojar á esos implacables castellanos! Pero ¿por qué esta esperanza no se ha de realizar? añadió la joven, que segun costumbre de las almas apasionadas pasaba con la mayor facilidad de un sentimiento al otro... He tenido esta noche última un sueño que me parece un feliz presagio: he soñado que el arcángel San Miguel con una lanza de fuego hendiendo el espacio con la rapidez de una exhalacion bajaba á defendernos y á librarnos de nuestros enemigos.

En aquella época se creia generalmente que los sueños tenían una significacion profética. No era extraño, pues, que la relacion de doña Sol hubiese dejado un momento pensativo á Rodrigo y á su padre, tanto mas cuanto que en su crítica situacion se asian al menor átomo de esperanza. Sin embargo, el conde no tardó en levantar la cabeza, y dijo con ese tono de afectuosa indulgencia que usaba con su hija:

—Si, sin duda, doña Sol, seremos socorridos; lo prueba claramente vuestro sueño. Sin embargo, ese bello arcángel de lanza de fuego ¿no se parece á algun doncel de Castilla, ó de Aragon que hayais visto en un torneo? ¡Hola! Os poneis colorada... No os ofendais de las chanzas de un veterano, hija mia... Vamos, Rodrigo, llévate tu muger á tu cuarto, y trata de quitarle esos tristes pensamientos que tiene. No hay necesidad de que tú hagas mas rondas por esta noche. Yo no tengo sueño, y visitaré en persona los puestos.

Rodrigo queria resistir esto, y evitar á su padre aquella penosa vigilancia; pero el conde era hombre que no sufría contradicciones.

—Si soy vuestro padre, dijo, tambien soy vuestro señor y el dueño de esta fortaleza. Retiraos á vuestro cuarto, os lo mando, y dejadme el cuidado del servicio por esta noche. Así como así el padre Benito y yo teniamos el proyecto de ir á consultar los astros en lo alto de la torre grande y si nuestro reverendo capellan ha vuelto de su terror...

—Señor, estoy á vuestras órdenes, dijo el monge aproximándose humildemente: son cerca de las doce de la noche, y es la hora en que es mas poderosa la influencia de los astros.

—¡Perfectamente!... ¡Buenas noches, Rodrigo! ¡Buenas noches, hermosa! Sobre todo, no me soñeis con caballeros galantes de la tierra, y del cielo... si no ¡vive Dios! que nos enfadaremos.

El conde se echó á reir el primero celebrando su chanza; despues alargó la mano á su hijo y dió un beso en la frente á Sol, y los esposos, precedidos de las mugeres que llevaban las luces, se retiraron con evidente satisfaccion de verse un momento reunidos.

### VIII.

Cuando el conde se halló solo con el capellan, sus facciones cambiaron repentinamente de expresion.

—¡Pobre niña! dijo con desesperacion, es preciso engañarla, porque la verdad, la mataría... Rodrigo la idolatra y es muy digna de su ternura. ¡Jamás dama mas linda ha sido el ornamento y la gala de mi castillo!

—Señor, dijo el capellan meneando la cabeza, Elena la troyana era tambien, segun aseguran los antiguos poetas, una lindísima criatura, y sin embargo, fué la causa de la guerra de Troya; por ella fué destruida una gran ciudad despues de diez años de un sitio que esterminó á los griegos.

El conde de Palazuelos no conocia ni á Elena, ni la guerra de Troya, ni los poetas clásicos de que hablaba el reverendo padre; así que nada respondió á aquella observacion pedantesca, y tomando un candelero que habia sobre la mesa, invitó al monge á seguirle.

Salieron de la estancia, subieron por una de aquellas interminables escaleras de caracol, estrechas, húmedas, llenas de troneras, que se usaban entonces. Despues de haber subido un centenar de escalones por lo menos, llegaron á la plataforma del castillo llamada la Torre Grande.

Desde allí se dominaba, no solo las vastas construcciones de la fortaleza, sino todo el pais alrededor. La noche estaba tranquila y clara; la luna reflejaba un rayo sobre los objetos con claro resplandor y permitia distinguir sus formas y colores. Así el conde y el astrólogo, antes de examinar el cielo, echaron una ojeada sobre la tierra. Como hemos dicho, el castillo se hallaba construido en la cumbre de una escarpada colina; á derecha é izquierda algunas otras montañas altas, se hallaban cubiertas de olivos y de encinas. En frente del castillo se veia un llano verde y estenso y al pie del castillo, se encontraba en la falda de una escarpada colina, la villa de Atienza. En ella sobresalía un grande edificio con un alto campanario; era el monasterio de la Santa Espina donde el rey don Juan II se hallaba alojado en aquel momento. El ejército sitiador se hallaba acantonado, parte en la villa y parte en las colinas, que rodeaban el castillo, en las que se veian tiendas de lienzo y chozas construidas con ramas de árboles. Sin duda en aquel vasto espacio estarian invisibles y meditando proyectos de destruccion muchos hombres, aun cuando todo parecia en calma, salvo cuatro ó cinco hogueras del campamento que estaban apagándose detrás de los árboles, donde no se veia ninguna huella de la actividad humana. El silencio de la noche no era turbado si no de vez en cuando por el grito de los centinelas que se repetia de distancia á distancia sobre las murallas.

El castillo tenia una apariencia de grandeza y solidez que debia tranquilizar á sus defensores. Era un conjunto de edificios macizos protegidos por grandes torres que se unian entre sí por medio de muros aspillerados. En el centro se alzaba la gran torre, donde el conde y el padre Benito se hallaban en aquel momento: el campanario de la capilla apenas llegaba á la mitad de la altura de aquella construccion colosal flanqueada de almenas y torreones. Lo escarpado de la colina hacia inaccesible la fortaleza por tres de sus lados, de manera que por la parte de la villa era imposible la subida. Todos los recursos del arte militar de aquella época se habian empleado para fortificar aquel castillo. Una doble muralla un doble foso, una barbacana, un cuerpo de guardia exterior, empalizadas, nada se habia omitido para poder contener á los sitiadores. Los fosos no tenían agua; pero estaban abiertos en una roca demasiado dura para que pudiesen minarse las murallas. La guarnicion sabia que era inespugnable este punto, y así, como era numerosa, se fijaba en el único punto por donde podian subir las tropas del rey de Castilla.

El capellan miró con distraccion aquellos detalles; mas el conde contempló con satisfaccion y orgullo aquel espectáculo de su poderío. Despues de haber examinado lentamente todas las partes del castillo, murmuró suspirando: —¡Ah! si al menos tuviese víveres para tres meses!





Lit. de J. J. Martinez.

LA VIRGEN DEL CENIDOR

(Copia del cuadro de Murillo)